

*Vida, todavía*

*Texto curatorial para exposición en Casa Santa Ana, 2024*

Por Maia Alfaro

En algún lugar de la Tierra, una piel de color sostiene una mirada inquieta...

La capacidad simbólica y ornamental de las flores no la forjamos los humanos, sino al revés. Nuestra visión de color se desarrolló principalmente para reconocer plantas, fuentes de dulzura y nutrición. Las flores, la manera más precisa de identificarlas, ayudaron a guiarnos silenciosamente hacia la vista, y eventualmente a la pintura.

Hoy, sobre cualquiera imagen de una flor, se proyectan capas de deseos y miedos sobre capas de asombros y lamentos, religiosos, económicos, íntimos; fondos desteñidos sobre vibrantes y violentos primeros planos; un horror vacui de simbolismos. Lo floral es tan universal que puede referirse a cualquier tiempo y lugar, y ser usado para subvertir o celebrar incontables tradiciones. Una flor puede ser un charco plano de color o extenderse en un dulce llamado, como cordillera etérea. Puede ser transfiguración fantástica o fiel a la botánica. Puede ser glitch, resplandor, bestia, danza, cama. Armonía geométrica gira un carrusel de recuerdos, y gotas de nectar visual alcanzan los conitos de los ojos que viven para recibirlas. Y oscuridad. Cada flor, habiendo evolucionado para atraer ciertas miradas y esconderse de otras, es un reino de insinuaciones. Cada obra de arte, como podemos explorar en esta exposición, lo es también.

El placer que encontramos en las flores no acaba en arrepentimiento pegajoso como el de Eva con su manzana, por más visible que sean sus órganos reproductivos y desbordada su expresividad. Hablan de la divinidad sin idolatría y de lo profano sin explicitud, invitando a una investigación del cuerpo sin los enredos de la forma humana. Además, una flor en una obra de arte funciona como una válvula de escape de pretensión. Un cliché es un cliché, y tal vez sea mejor por eso; sin la presión de entender, hay espacio para sentir los glitches, reconocer el resplandor, creer en las bestias, caer en las camas; presenciar lo banal, lo extraño, lo burlón, lo feo, sin desenraizarnos de lo bueno y familiar—de la vida, la belleza y el amor.

Las flores son tan buenas que a veces les imploramos que nos expliquen los horrores del mundo. ¿Hay justificación del mal en una espina, de la depravación en un perfume acre, o de la muerte en su prontitud para marchitarse? Cuando la respuesta es insuficiente, soltamos nuestra añoranza y la vemos enroscarse en pétalos para resurgir en la delicada gloria de un estambre pegajoso. Dejamos que sus melodías salvajes nos despierten. Las narrativas culturales que descartan a las flores como superficial decoración doméstica puede que provengan del miedo a lo que son capaces de catalizar. Mientras que la conciencia global va abriendo espacio para las cosmovisiones animistas que una vez negó, el arte contemporáneo florece, dándole a este género una relevancia sin precedentes.

“Es un misterio abominable”, protestó Charles Darwin ante la evidencia de que las plantas con flores se tomaron el planeta de manera tan rápida e intensa que contradecía su teoría de la evolución. Un pétalo es delicado, pero la presencia de las flores sobre la Tierra es imparable. Además es divertida; simultáneamente juguetona y sublime. Como los colibríes y las abejas, somos resultado de ese espontáneo estallido de interminables formas de ser, repeler y querer.

Las exploraciones y visiones de estas obras son tan variadas que no pueden resumirse. O quizás sí: Vida, todavía.

*Life, Still*

*Curatorial text for exhibition at Casa Santa Ana, 2024*

By Maia Alfaro

Somewhere on Earth, a still skin of color holds a restless gaze...

Flowers' symbolic and ornamental capacity wasn't forged by humans—it happened the other way around: our color vision developed primarily to recognize plants, sources of sweetness and nutrition. Flowers, the most precise way to identify these plants, helped silently entice us towards sight, and eventually painting.

Today, upon any given image of a flower, layers of desires and fears are projected over layers of wonders and woes, religious, economic, and intimate; faded backdrops over violent vibrant foregrounds; a *horror vacui* of symbolisms. The floral is so universal that it can be used to refer to any time and place, to subvert or celebrate countless traditions. A flower can be a flat pool of color or extend a sweet beckoning, like an ethereal mountain range. It can be a fantastic transfiguration or true to botany. It can be a glitch, gleam, beast, dance, or bed. Geometric harmony spins a carousel of memories and drops of visual nectar reach the little cones of the eyes that live to receive them. And darkness. Each flower, having evolved to attract certain gazes and hide from others, is a realm of insinuations. Each work of art, as we can experience in this exhibition, is too.

The pleasure we take in a flower doesn't end in sticky regret, like Eve's with her apple, however visible its reproductive organs and unabashed its expression. They can speak of divinity without idolatry, and of profanity without being explicit, inviting an investigation of the body without the entanglements of the human form. Also, a flower is like a pretension release valve for a painting. A cliché is a cliché, and perhaps the better for it, because without the pressure to understand, we can feel into the glitches, get to know the gleams, believe in the beasts, fall into the beds; witness the banal, the strange, the mocking, the ugly, while remaining rooted in familiar and good—in life, beauty and love.

Flowers are so good that sometimes we beg them to explain the horrors of the world. Is there justification for evil in a thorn, depravity in an acrid scent, death in the quickness to wilt? When there isn't enough of an answer, we release our yearning to watch it curl into petals and resurge with the delicate glory of a sticky stamen. We let wild melodies awaken us. Cultural narratives that dismiss flowers as superficial domestic decoration might have come from a fear of what they're capable of catalyzing. As global collective consciousness makes space for the animistic worldviews it once negated, contemporary art flowers, giving this genre an unprecedented relevance and edge.

“An abominable mystery,” protested Charles Darwin in the face of evidence that flowering plants took over the planet so quickly and intensely that they contradicted his theory of evolution. A petal may be delicate, but the presence of flowers on Earth is unstoppable. And it's also fun, simultaneously playful and sublime. Like hummingbirds and bees, we are the result of that spontaneous burst of endless ways of being, repelling, and loving.

The explorations and visions of these works are so varied they can't be summarized. Or maybe they can: *Life, still*.